

León al hombro

JOSÉ-MAGÍN GONZÁLEZ GULLÓN

La Crónica 16 de León publica íntegramente el pregón de la Semana Santa de León pronunciado el pasado lunes por el periodista José-Magín González Gullón, colaborador de este periódico. Revilla repasa como "papón de filas y leonés raso" sus recuerdos como 'hermano' e invita a todos cuantos se acerquen a León estos días a no perderse los desfiles ni la belleza de hermosos y antiquísimos pasos escultóricos.

Excelentísimo y reverendísimo señor obispo: Excelentísimas e ilustrísimas autoridades, dignísimos abades y hermanos mayores de las cofradías y hermandades de la Semana Santa; hermanas y hermanos; señoras y señores:

Quiero manifestar, antes de nada, el agradecimiento y la sorpresa que, desde mi condición de papón de filas, de leonés raso, sentí en el momento de ser invitado a ocupar esta tribuna en la que tantas lecciones magistrales he escuchado, donde tantas veces he aprendido a conocer y amar más a León. Ni en mis mejores sueños llegué nunca tan alto. Yo no sé si la amistad y el cariño que sabéis que siento por todos vosotros os habrán confundido. Pero me temo que estéis pretendiendo un imposible; que estéis intentando sacar oro del Bernesga. Mi voz y mi pluma son tan humildes como el Carbosillo que sólo se desborda en su afán por hacer noticia de León, y que si ruge es para que no nos olviden.

Gracias a mi profesión, que aprendí de mis mayores, y a la religión católica en la que me educaron, tuve el privilegio de ser aceptado en vuestras cofradías y de compartir con vosotros, desde un puesto de primera línea, las emociones y los acontecimientos de nuestra Semana Santa, este milagro anual que desde hace siglos repetimos, como el más entrañable de los legados heredados de nuestros padres y de nuestros abuelos, y el más digno de ser perpetuado. Sabía que dentro de las cofradías y hermandades de la Semana Santa se alcanza, como en ningún otro sitio, el alma auténtica de una ciudad. En ellas he encontrado a los leoneses más entusiastas y sacrificados, a los más enraizados en sus costumbres y tradiciones, desde los más humildes a los de más alta condición. Igualmente por la misma fe, por la misma devoción, por el mismo amor. Conmovidos por la palabra hermano, a la que añaden toda la generosidad humana al igual que alivian con su hombro y con su esfuerzo el cansancio del bracero que a duras penas puede culminar la procesión. Ese mismo sentimiento se extiende luego a la vida profesional y ciudadana. Lo mismo en los momentos felices que en los amargos. Un papón siempre ayuda a otro papón. Es una ley no escrita

pero que uno cumple durante toda su vida, desde el mismo momento en que ha compartido sudores y promesas bajo un mismo paso, portando el Nazareno, o la Dolorosa, o la Soledad... Es cuando de verdad se toma conciencia de la igualdad mundana y se comparten alientos para llegar hasta el final. Allí donde os encontréis con un papón decidle sencillamente: Hermano. Le habréis tocado el corazón y recordando sus sentimientos más íntimos. Se la oiréis pronunciar a los papones de mayor raigambre que, como Julio Saurina, la tienen por saludo de todos los días.

Quienes como yo ya peinéis canas recordaréis aquellas semanas santas de nuestra infancia, precedidas de largas cuaresmas, de vida sencilla y familiar, tan idénticas en todos los pueblos y ciudades, de ritos litúrgicos tan entrañables. Las iglesias cubrían sus imágenes con grandes paños morados. Se compraban las bulas para limitar los ayunos y abstinencias. Preparábamos las más aparatosas carracas para los días de tinieblas. La ciudad amanecía ya convertida en un templo con la salida del Rosario de la Aurora, y hasta las calles se estredecían con sus cánticos: "Perdona a tu pueblo Señor". "Amante Jesús mío, oh cuánto te ofendí". Sus ecos todavía alcanzaban a fundirse con los Vía Crucis del atardecer, con interminables filas de velas encendidas, cuyas llamas se resguardaban amorosamente del viento, con farolillos, con papel de periódico, incluso con las manos, para alargar su luz y su vida, como si la del mismo Dios se tratase. Y otra vez aquellas estrofas que nos conmovían "Llorad por vosotras piadosas mujeres, por Mí no lloréis". Hasta el viento se sobrecogía. Aquellos fueron nuestros seminarios de Semana Santa. La semilla en la que se fortaleció nuestra fe. Incluso nuestros juegos infantiles parecían menos alborotadores que de costumbre. En aquellos tiempos las bicicletas eran para el verano de las familias pudientes. Los demás corríamos nuestro pequeño territorio a golpe de aro, buscando en las iglesias la aparición de los primeros pasos, venciendo el miedo para llegar en la oscuridad hasta el rostro de un crucificado, o comprobando si de verdad San Juan vestía enaguas. De regreso a casa

jugábamos a las procesiones, emulando a los mayores, y cargábamos sobre nuestros hombros las butacas más pesadas. A veces, llevados de nuestro precoz celo paponil, terminaban malparadas en el suelo. Momento en el que irrumpía la autoridad maternal que, velando por el mobiliario del hogar, disolvía el cortejo con la agilidad de un centurión anti-disturbios. Pero era un sacrificio al que merecía la pena exponerse. Años más tarde, los ejercicios espirituales del bachillerato, de asistencia obligatoria, que tenían el aliciente de sustituir a la clase de matemáticas, que tampoco era pequeña penitencia. Aún recuerdo al Padre La Torre describiéndonos las llamas del infierno presididas por un enorme reloj que medía el paso de la eternidad, y que en lugar de 'tic-tac' decía "nunca-jamás". Comprenderéis las colas que formábamos ante los confesionarios.

En Cuaresma también había un tiempo para los rezos en familia, que las veladas de entonces tenían el encanto y la intimidad que ahora nos roba la televisión.

Recuerdo los Siete Domingos de San José que hacíamos con mi madre, y las miradas de complicidad entre hermanos cuando le invocábamos como padre putativo. También en Cuaresma, y vengo ya a nuestros días, las bandas de cornetas y tambores inician puntualmente sus ensayos llenando los atardeceres leoneses de sonidos de Semana Santa, como el primer pregón y el más popular que se deja oír en las calles. Son los primeros en los preparativos, sin importarle renunciar para ello a sus horas de paseo, cumpliendo una tradición a la que no renuncian por nada, poniendo en sus compases su orgullo de papones y de leoneses. Recordaréis personajes tan populares como Gerardo, militar y pionero en la creación y promoción de estas bandas, a quien la túnica le redondeaba aún más su voluminosa figura, haciéndole inconfundible al frente de las cornetas y tambores de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno con la que llegaron a tocar nada menos que 250 papones, y a los que hizo sonar como a uno solo. O a Nistal, que dirigía la Banda de la Cofradía del Santo Cristo del Perdón, quien al llegar con su procesión a la calle Repú-



EL DESENCLAVO Una resucitada tradición leonesa junto a San Isidoro.

blica Argentina, frente a los estudios de Radio León, detenía el paso e interpretaba las mejores marchas como defenencia hacia nuestro intento por radiar en directo, con todo detalle, el paso del cortejo. La Banda de la Hermandad de Jesús Divino Obrero fue la primera que desfiló en nuestra Semana Santa. La de la Cofradía de las Siete Palabras la primera en transformarse en agrupación musical, introduciendo nuevos y variados instrumentos. Y la de la Cofradía de Angustias y Soledad, la primera en grabar y perpetuar nuestras marchas semanasanteras. Hoy día se han extendido de tal manera que incluso han creado secciones femeninas e infantiles con las que llenan de sonido sus respectivas procesiones. Y son reclamadas para ofrecer conciertos y participar en otras semanas santas y en otras ciudades hasta donde ha llegado su bien ganada fama. Es de justicia recordar al maestro Odón Alonso al frente de la Banda Municipal de Música, autor de tantas bellísimas marchas de Semana Santa, y cuya figura parecía unida a nuestras procesiones.

Podría confeccionar un

interminable rosario de papones leoneses que dedicarían lo mejor de su vida y su obra a nuestra Semana Santa, que tanto la divulgaron y de quienes tanto aprendimos a amarla. Como Ángel Suárez Ema, cronista oficial de León, abad que fue de Minerva y Vera Cruz, y único papón al que todas las cofradías y hermandades han dedicado una lápida perpetuando su nombre en el rincón de la calle Matasiete, en la Plaza Mayor, de tan rancio sabor para cofrades y leoneses. Era cuando León era León. Y los leoneses, leoneses. Y el presumir de ello no tenía connotaciones políticas y mucho menos peyorativas para nadie. Lo mismo que orgullosamente seguimos defendiendo la primacía de nuestra cofradía o hermandad, de nuestra procesión e incluso de la imagen de la que somos braceros. En esto resulta difícil admitir comparaciones. Aunque, eso sí, llegado el caso, y cuando de pregonar el buen nombre de León se trata, desaparece la rivalidad y todo se vuelve ayuda generosa. Así ocurrió hace más de veinte años cuando Televisión Española aceptó la invitación de retransmitir en directo

una procesión de nuestra Semana Santa, que ya entonces, como ahora, sorprendía y emocionaba a cuantos a ella llegaban por primera vez, por el valor de sus imágenes, la impresionante seriedad de sus cortejos, el elevado número de braceros y de papones, y el ambiente de silencio y de respeto que envuelve a la ciudad durante esos días. Por cuestión de horarios y porque el Sindicato de Hostelería supo moverse con habilidad en los despachos oficiales, la procesión elegida fue la de la Santa Cena, que organiza la Hermandad de Santa Marta en la noche del Jueves Santo. Pues bien, todas las cofradías de la ciudad se volcaron para que nada faltara en aquella magnífica oportunidad de promoción nacional. No hizo falta, porque todos sabéis a la gran altura que siempre brilla este cortejo. Pero fue un gesto revelador de que los papones, como leoneses, somos una piña cuando de defender y alabar lo nuestro se trata. Y lo digo sabiendo que todavía recientemente han surgido heridas no cicatrizadas que todos queremos olvidar.

Bien es verdad que la historia nos cuenta que gracias a esa rivalidad, sana y noble, ha surgido el mayor esplendor y engrandecimiento de nuestra Semana Santa. Así la Cofradía de Angustias y Soledad, la más antigua de la ciudad, fundada a principios del siglo XVI, y organizadora desde entonces de la procesión del Santo Entierro, tuvo su más y sus menos cuando cien años más tarde surgió la de Minerva y Vera Cruz organizando un cortejo igual en la misma tarde del Viernes Santo. Hubo de intervenir la jerarquía eclesiástica poniendo paz con la solución salomónica de que una desfilara los años pares y otra los impares. Y así sigue haciéndose. Y León es una de las pocas ciudades, sino la única, que cuenta desde entonces con dos antiquísimas sagradas urnas y dos Cristos yacientes y dos procesiones del Santo Entierro que enriquecen nuestro patrimonio artístico de Semana Santa. También desde hace unos años, y por parecidos celos, la procesión del Pregón del Lunes Santo se ha desdoblado para que otras cofradías compartan el mismo anuncio procesional en la tarde del Sábado de Pasión. A todos anima el mismo deseo de superación e idéntica voluntad para engrandecer estas conmemoraciones, aunque a veces cegados por un excesivo entusiasmo. Sea la luz con todos nosotros. Lo cierto es que en estos últimos años la Semana Santa de León ha cambiado de tal manera que quien volviera a ella tras diez años de ausencia no la reconocería. Yo pienso que para mejor. Desde el Viernes de Dolores, hasta el Domingo de Resurrección desfilan por nuestras calles 31 procesiones, habiéndose duplicado

por tanto su número. Se han incorporado mujeres a sus filas, lo que hasta entonces parecía imposible. Las cofradías y hermandades que las hacen posibles son ya 16, con un número aproximado a los diez mil papeones. Y entre todas sacan a la calle 57 pasos, algunos de ellos de un valor y antigüedad que por sí solos constituirían motivo obligado de visita y de contemplación.

Algunos de estos monumentales y artísticos grupos escultóricos, como 'El Descendimiento', perteneciente a la Cofradía de Minerva y Vera Cruz, es llevado sobre los hombros por nada menos que 108 braceros que se reparten en su lento y penoso caminar 3.200 kilos de peso. La cuenta es fácil, mucho más que el sacrificio. Se reparten treinta kilos por hombre. No es pequeño el esfuerzo. El paso de 'la Coronación', de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús, le sigue con 92 braceros. Y el de 'la Crucifixión' y el de 'San Juan', de esta misma cofradía, con 90. Es impresionante verles balancear, o bailar en expresión más propia, estos pasos, sin perder el ritmo, sin más ruido que el de las andas, sin más indicaciones que las del seise, provocando el asombro y la admiración de la gente, también enmudecida por la emoción. Para llegar a ocupar una de las varas de estos pasos se necesita recomendación y años de espera. Porque el bracero que los sienta y los sufre una vez ya no es capaz de renunciar a este hermoso sacrificio que sólo se entiende desde la fe y la generosidad.

Hay otros muchos momentos emocionantes en la vida del papón. Por ejemplo, cuando la túnica que has heredado de tu padre o de tu hermano mayor tiene que ser alargada porque te queda pequeña. Es como si alcanzas la mayoría de edad, como si se te reconocieran los derechos hasta entonces exclusivos del cabeza de familia y primer papón de la casa. Como si te fuera confiado el sacrificio, el aliento familiar que por unas horas acompañará al Nazareno o hará más llevaderas las lágrimas de la Piedad.

Todavía, al final de la procesión, te exigirás un último esfuerzo. Hay que conseguir un clavel, una rosa, una flor de las que adornaron la imagen durante el recorrido callejero. Porque será la mejor ofrenda que de regreso a casa podamos hacer a nuestra madre, a nuestra esposa o a nuestra hija, como testimonio de que nuestro amor y nuestro sacrificio tiene siempre en ellas el último y más entrañable destino.

El Viernes de Dolores, como no podía ser de otra manera, inicia los desfiles procesionales, la Virgen del Camino, La Antigua, como denominamos a la imagen que se venera en la iglesia del Mercado desde hace cinco siglos, para distinguirla

de la que custodian los dominicos en su santuario. Es la Virgen Dolorosa más leonesa y más querida, a la que se acompaña por las calles gimiendo y llorando, como nuestra madre y abogada. Y que se detiene en la Plaza de Santo Domingo para que el pueblo de León le cante la Salve.

La Virgen de las Tristezas la llamó Máximo Cayón Waldaliso, otro inolvidable papón y cronista de nuestra Semana Santa de quien tantos secretos paponiles conocimos. O la Virgen de la Calle como la bautizara otro leonés de cita obligada y de permanente admiración, como sólo él podía hacerlo, con su alma de poeta y de leonés apasionado, Victoriano Crémér: "Sola y pequeña y triste, / como una madre campesina. / Sin nadie que le abriera las puertas, que la hablara, / que la diera las buenas tardes, / que le preguntara por qué / llevaba un hijo muerto por las calles."

Y es que la Virgen del Camino despierta entre todos nosotros, como ninguna otra, sentimientos unánimes de piedad y de amor. No se entiende León sin su Virgen del Camino. Ni entenderíamos nuestra vida sin habernos encomendado alguna vez a ella.

No esperéis, quienes por primera vez llegáis hasta la Semana Santa leonesa, otra cosa que no sea recogimiento y austeridad, silencio y devoción. Todo lo contrario de lo que veis en otras regiones donde parece que cantando la pena, la pena se olvida. Aquí la guardamos durante los ocho días, como una costumbre del alma, como un tesoro interior que fortalece nuestro carácter, convencidos de que también nuestra vida es el dolor.

Yo pretendía hablaros de lo que me es más familiar en mi profesión radiofónica, de los sonidos de nuestra Semana Santa, del difícil empeño de hacer noticia durante años de unas procesiones hechas sólo de silencios. Del Rosario de la Buena Muerte que se reza en la procesión del 'Dainos', que organiza la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio, junto con la Orden Tercera Franciscana, y que sale del Convento de los Capuchinos en la tarde del Domingo de Ramos. Largas filas de gentes piadosas acompañan al Nazareno repitiendo en voz alta "Dainos Señor buena muerte, por tu santísima muerte". Así se dice y se hace desde hace siglos y así sigue impresionando, con la misma fuerza y la misma sencillez que anhelamos para nuestras creencias. O de 'La Ronda', que los hermanos de la Cofradía de Jesús Nazareno llevan a cabo a partir de las doce de la noche del Jueves Santo para anunciar su procesión de los Pasos que se pondrá en marcha con las luces del alba. Es el pregón más antiguo y popular y semanasantero de la ciudad. Corneta, tambor y

esquila, preceden, como una trilogía de melancólicos sonidos, al hermano pregonero que con potente voz grita hacia todas partes: "Levantaos hermanitos de Jesús, que ya es la hora". Tal vez sea la voz de Agustín Nogal la que se sostenga sobre el aire, que a orgullo tiene el desempeño de tal misión. Así se van despertando los hermanos de la cofradía más popular de nuestra Semana Santa, a la que pertenecen la mitad de los papeones de la ciudad.

A esa misma hora se estará cumpliendo otro rito centenario en algún lugar del interior de la Colegiata de San Isidoro. Sólo su abad sabe el sitio exacto donde reposa desde hace siglos la barrica de roble que contiene el vino más añejo del que se tiene noticia y que degustaron los mismísimos reyes de León. Sólo en este día del año se extrae cuidadosamente un litro de tan preciado caldo

dos a jugar a las chapas, arriesgando a caras o cruces el dinero y hasta la camisa, lo mismo que los soldados, al pie de la cruz, se jugaron la túnica del Señor. Ni los tiempos de prohibiciones pudieron nunca con esta vieja pasión humana. Ahora, eso sí, en el resto del año nadie vuelve a sentir el menor interés por jugar a las chapas.

También León, pionero en reinos y tantas otras cosas, paga su contribución tras tantos siglos de soportar el paso de cuanto de bueno y de malo conforma la humanidad. En la noche del Jueves Santo, a extramuros de la ciudad, hemos de sentir y sufrir el paso de la horda, el esperpento, la contra Semana Santa, el triste espectáculo de quienes llevados de un falso progresismo dan rienda suelta al hedonismo y al alcohol.

Se le permitirá a este modesto pregonero, haciendo



BRACEROS Todo un año preparando los desfiles de una semana.

añadiéndole otros dos de la mejor cosecha. Yo no sé si ganarán el cielo con ello, pero cuentan quienes de tal privilegio gozaron que al menos se saborea por unos momentos. Y es que de las siete últimas palabras del Señor en la cruz la de "Tengo sed" ha sido siempre la que más amplia e interesada simbología ha encontrado entre los cristianos, leoneses incluidos. Así que quienes lleguéis estos días a León no os astuste el que os inviten a "matar judíos". Porque es la manera popular y tradicional que aquí tenemos para justificar nuestra afición a quitar la sed bebiendo limonada. La encontraremos en todos los bares y en muchos hogares y os será ofrecida casi como una obligación. No la despreciéis, porque además de sabrosísima los judíos que con ella matéis no verán resentida lo más mínimo su salud. También podréis ser invita-

ción y del Silencio. La del Santo Sepulcro-Esperanza de la Vida, que ha resucitado el rito del fuego e incorporado a su cortejo a los caballeros leoneses de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén. La Cofradía del Desenclavo, que realiza en la Plaza de San Isidoro esta antiquísima tradición que parecía perdida entre nosotros. La del Santo Cristo de las Bienaventuranzas. La Sacramental de Nuestro Padre Jesús Sacramento y María de la Piedad y del Amparo de los leoneses. La Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Agonía. Y la de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Todas ellas forman una nueva y hermosa letanía de devociones leonesas que se suman a las ya existentes contribuyendo de manera espléndida al engrandecimiento de nuestras procesiones. Sólo en la tarde-noche del Miércoles Santo por las calles de León desfilan seis cortejos diferentes, incluida la Ronda Lírica Pasional. De seis y media de la tarde hasta bien entrada la madrugada la ciudad es un cortejo impresionante y sus aceras y sus balcones tribunas repletas de público. León es durante estos días un movimiento continuo de gentes en busca de emociones y sentimientos que se aparecen en cualquier esquina precedidas por el anuncio de los tambores. Pero es sobre todo en la mañana del Viernes Santo, cuando se desborda la expectación. La procesión de Los Pasos, de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, con doce espléndidos grupos escultóricos que resumen la Pasión, todos sobre el hombro de sus braceros, forman el museo andante más impresionante que pueda verse, y que alcanza su momento culminante durante el Encuentro que se celebra en la Plaza Mayor. Y por la tarde la procesión del Santo Entierro, que este año procesionará Angustias y Soledad que alterna, como hemos dicho, con Minerva y Vera Cruz. Son las tres cofradías más antiguas de León, con siglos sobre sus espaldas, a las que se conoce popularmente como las 'negras', por el color de sus túnicas, las que reúnen mayor número de cofrades, las que desfilan también las imágenes más valiosas, debidas a los más famosos imagineros. La titular de Angustias, es obra de Guillermo Doncel. La Urna, de Juan de Juni, aunque también atribuida a Juan de Angés. El Cristo atado a la columna, de la Cofradía de Jesús, data del siglo XVI y pertenece a Gaspar Becerra, autor asimismo del retablo de la catedral de Astorga. Su Nazareno, de impresionante presencia, se atribuye a Pedro de la Cuadra. Y El Expolio, a Díez de Tudanca. El paso de La Piedad, de Minervas y Vera Cruz, considerado por diferentes autores, como la principal joya arquitectónica de nuestra Semana Santa, fue realizado por Salvador Carmona en 1750, por

encargo de los franciscanos capuchinos de León y actualmente expuesta en la iglesia de San Martín. Y el Cristo de los Balderas, titular de la Cofradía de las Siete Palabras, es obra de Gregorio Fernández, valiosísima escultura, de la que desfila una copia original de Amado Fernández. Pero como hemos dicho los amores y pasiones de cada cofrade se ciñen preferentemente hacia su respectiva cofradía y su imagen titular, o de la que son braceos, sin importarles antigüedad ni autoría. Entraríamos en una guerra celestial de resultados imprevisibles si pretendiéramos jerarquizarlas. Si tenemos que citar, porque es de justicia, los nombres de tres imagineros de nuestro tiempo que han acrecentado de manera notable el patrimonio monumental y artístico de nuestra Semana Santa. Víctor de los Ríos, autor, entre otros, del paso de la Sagrada Cena, de la Hermandad de Santa Marta; y de la Soledad, de la Hermandad de Jesús Divino Obrero. Ángel Estrada, a quien se debe el Santo Cristo del Perdón titular de la cofradía del mismo nombre. Y José Ajenjo, autor de la Unción de Betania, que le encargó la Junta Mayor. Cada año nuevos pasos desfilan por nuestras calles, prueba evidente de la pujanza de nuestras cofradías. Y se comprenderá que no citemos a todos aunque con la misma expectación son esperados en las calles. No extrañará, por todo ello que León fuese en 1992 sede del Congreso Nacional de Cofradías de Semana Santa, cuyos participantes, llegados de toda España, no ocultaron ni la sorpresa ni la admiración que les producía el descubrimiento de esta extraordinaria muestra escultórica, su antigüedad y el número de nuestras cofradías y el amplio programa de procesiones. Lástima que desde entonces sigamos esperando ver hecho realidad el prometido y anhelado Museo de la Semana Santa de León. Llegaros, amigos, el Viernes Santo por la noche, finalizada la procesión del Santo Entierro, a la Plaza de la Catedral. Allí podréis ver y oír, como en ningún otro sitio, sobre una ciudad estremecida, la luna y el silencio. Y en el silencio el alma de León. Yo pienso que durante estos días de Semana Santa, en el cielo de los buenos leoneses, repleto como tiene que estar por nuestros padres y nuestros abuelos, no queda ni un sitio libre por el que asomarse para ver nuestras procesiones. Mirad hacia allí arriba cuando desfiléis por la calle. Y no os importe el que nos escatimen reconocimientos de interés regional o nacional. Porque comprobareis que tenemos asegurado el único que de verdad merece la pena. Que así sea. Y gracias otra vez por vuestra generosidad y vuestra paciencia.